

se cultivaba a los más inteligentes mientras que en la de ella, particular, se esforzaban por ayudar y levantar a los que necesitaban más atención.

Me acuerdo de Guillermina en aquellas jornadas, ¡qué enérgica, qué convencida de lo que era educar! Se dice que en las reuniones de maestros de Sidwell Friends, su escuela, ella abogaba contra cualquier proyecto o medida que pudiera comprometer el alto concepto de la educación de los estudiantes, aunque no fuera necesariamente de los alumnos de español. Me acuerdo de Guillermina exponiendo sus convicciones. Ni alta ni baja, de buena presencia, siempre bien vestida, ella crecía al hablar.

Mi amistad con Guillermina se cimentó al descubrir que ambas conocíamos y éramos amigas del poeta Juan Ramón Jiménez y su esposa Zenobia. Los Jiménez, exiliados de España en 1936, llegaron directamente a Nueva York donde vivían los hermanos de Zenobia. El mayor, José Camprubí, ingeniero de profesión y graduado de la Universidad de Harvard, era una conocidísima figura en los altos círculos de esa ciudad y dueño de un excelente periódico español, *La Prensa*, que defendía la democracia de España. Juan Ramón habló a favor de la República, pero el ambiente político no era propicio². Los Jiménez se marcharon a Puerto Rico, después a Cuba donde estuvieron tres años. En 1939 pasaron a la Florida y en 1942 a Washington para ofrecer sus servicios a la defensa. Le ofrecieron hablar en un programa de radio, de buena voluntad, a los países de habla española sobre literatura y cultura hispánica. pero no se llevó a cabo por la innecesaria interferencia de la censura. Sin embargo, a Zenobia le ofrecieron enseñar un curso sobre cultura española, parte del entrenamiento de los soldados, en la Universidad de Maryland. Tuvo tanto éxito que le dieron un nombramiento en el Departamento de Lenguas y Literaturas Extranjeras de dicha Universidad para enseñar lenguas y cultura españolas y, al poco tiempo, nombraron a Juan Ramón Lector del Programa para la Licenciatura y el Doctorado en Letras. Los Jiménez fueron miembros de dicho profesorado hasta 1951 cuando, enfermo de depresión, le aconsejaron a Zenobia llevar a su marido a un lugar donde pudiera comunicarse con médicos de lengua hispana. Se fueron a Puerto Rico y allí murieron los dos, ella de cáncer en 1956 y él de depresión y pulmonía en 1958.

Los Supervía debieron de conocer a los Jiménez cuando vivían en Washington. Éstos ocupaban un piso en un hotel residencial, Dorchester House, en una parte muy céntrica de la capital. Por su piso pasaban todas las grandes figuras de las letras hispanas. Vivían al tanto de la situación

²Ver: *Juan Ramón Jiménez. Guerra en España (1936-1953)*. Organización y notas de Ángel Crespo, Seix Barral, Barcelona, 1985.